

Prólogo

Estaba mirando fijamente por la ventana, observando el centelleo de las luces del trozo de Times Square que podía ver desde su apartamento, cuando sonó el teléfono. Sólo veía un ángulo diminuto, pero en Manhattan la vivienda estaba a un precio tal que era suficiente para que la desahuciaran.

El teléfono sonó una, dos, tres veces. Lo ignoró.

Ya no cogía más el teléfono. ¿Para qué? Siempre llamaba alguien para decirle que era una pésima policía y un ser humano peor aún.

Especialmente a las dos de la madrugada.

Oyó que el contestador automático se ponía en marcha. Sólo por cierto deseo perverso de autoflagelación no había tirado el aparato por su ventana de la quinta planta, ni siquiera le había quitado el sonido.

«Estás llamando a Virginia. No estoy en casa. Ya sabes lo que tienes que hacer.»

«Beep.»

«¿Ginny? *Ginny*. Ginny, ¿estás ahí? Soy Sonya. Contesta. *Por favor*. Por favor, contesta.»

Miró fijamente la máquina. Era grande y cuadrada, un objeto que habría cambiado hace años si le importara algo. El altavoz hacía que la voz de Sonya pareciera metálica y débil incluso a pesar del tono histérico, pero Ginny la habría reconocido igualmente. Conocía a Sonya desde antes de que ninguna de las dos tuviera dientes.

«¿Hola? Ginny, soy yo. Tienes que estar en casa. *¡Por favor!*»

Ginny oyó que a Sonya se le quebraba la voz. Treinta años siendo más que hermanas le permitieron entenderlo. Sólo podía haber

pasado una cosa, una cosa que pudiese hacer que esta mujer fuerte como una roca sonase tan abatida. Las siguientes tres palabras.

«Danny ha muerto.»

Alargó el brazo y cogió el teléfono.

1

La Taconic Parkway es una autopista serpenteante, brontosáurica, anticuada y destartalada. Se construyó para conductores reposados que disfrutaban mirando el paisaje, no para el tráfico rápido; no tiene arcenes, y sí un montón de ciervos suicidas. Es bastante peligrosa durante el día, pero por la noche o con mal tiempo puede ser más estresante que una avenida de Manhattan en hora punta.

Ginny recordó la última vez que condujo por la Taconic en dirección norte. También había muerto alguien entonces.

Eso fue hace diez años, y en pleno invierno. Conducía tan deprisa que patinó y casi se salió de la autopista, hasta que la paró un policía. Le dijo que se dirigía a casa para el funeral de su madre; él echó un vistazo a su placa del Departamento de Policía de Nueva York y a su rostro con huellas de lágrimas, y con un gesto le indicó que siguiera. «No corra tanto —le advirtió—. Poco podrá hacer por los demás si se mata.»

Ahora, la oblicua luz del sol otoñal dibujaba pequeñas motas sobre el capó de su viejo Chrysler. Conducía dentro del límite de velocidad, en parte porque el coche no daba más de sí, pero sobre todo porque eso retrasaría el momento en que cruzara los márgenes de la ciudad y el viento se llevara su yo adulto como se lleva las crujientes hojas de otoño.

Llegó al principio de Main Street justo pasadas las 10 de la noche. Había salido de su apartamento antes del amanecer, tras una noche que incluía tres tragos de Crown Royal e insomnio.

Crown Royal. Había sido la bebida de su padre (probablemente aún lo fuese), y se había sentido ligeramente desconcertada al descubrir que a ella también le gustaba.

Subió por Main Street sin querer advertir los cambios, pero por deformación profesional no pudo evitar fijarse. El amplio Kmart, para cuya construcción habían sido demolidos una docena de edificios históricos allá por la década de 1960, lo habían cerrado. Alguien había tomado posesión de los viejos grandes almacenes de Robert, y había una nueva tienda de todo tipo de tarjetas donde estaba la farmacia Apothecary Hall. El teatro Mohawk, donde ella y Sonya habían visto las mal dobladas películas de Pippi Calzaslargas más de un sábado por la tarde, seguía cerrado.

Ascendió por la cuesta sin mirar hacia Eagle Street, a su izquierda. No creyó que pudiese soportar ver encaladas las ventanas de Molly's Bakery, donde se había comido un sinfín de galletas de medialuna, otras rellenas de crema y pastelitos de nueces.

Y donde había perdido la virginidad.

Sonya y su marido vivían casi en la cima de la colina, en la segunda planta de una casa de tres pisos en una calle sin salida. Sonya había crecido en ese piso, de modo que Ginny se había pasado allí media infancia, comiendo empanadillas de queso y coles rellenas, e inventando excusas para no irse a casa.

Se frotó la frente para intentar que se le fuera el dolor de cabeza que empezaba a formársele en la base del cráneo. Llevaba menos de un minuto en la ciudad y los recuerdos ya le venían a la mente.

Estacionó el Chrysler. Su amiga estaba en el porche, sentada en una destartada silla de jardín, esperando.

—Lo encontraron hace dos días. No, tres. He perdido la noción del tiempo. Fue en la gran fábrica que hay abajo, en Union Street; la que está delante de la fábrica de setas en conserva. No sabes cuál te digo, ¿verdad? Fue después de que te marcharas. Ahora hay una fábrica de setas en conserva. Variedades estrambóticas que envían a todas partes. Lo encontraron allí el jueves por la mañana. Llevaba tres días desaparecido. Desde el lunes. Le hice su comida y se

fue a trabajar con Pete, y cumplió con su jornada y fichó al salir, pero ya no volvió a casa. Y entonces el martes no se presentó en el trabajo. Eso no es propio de él. Él es muy responsable. Tú sabes que lo es, ¿verdad, Gin? Es un chico muy responsable. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo sé —respondió ella, y apretó con más fuerza la mano de Sonya. Habría contestado lo mismo si Sonya hubiese afirmado que Danny podía respirar bajo el agua.

—El miércoles empecé a volverme loca. Me acerqué a la comisaría, pero Rolly me dijo que simplemente estaría divirtiéndose por ahí. Dijo que no tenía sentido denunciar su desaparición, porque los jóvenes son jóvenes, y cuando Danny volviese a casa seguro que se enfadaría conmigo por armar un escándalo. Y yo le dije... le dije que Danny no desaparecería así como así dejando que yo me preocupara. Pero esa noche encontraron su camioneta aparcada en el Fish Pond. Y entonces el jueves.

Sonya lo dijo como si fuera una frase completa. Tenía los ojos abiertos pero secos; no estaba del todo presente. Ginny se preguntó si sería simplemente el shock o si alguien le habría dado una pastilla de Valium. Aun cuando alguien se la hubiese dado, dudaba que Sonya se la tomase.

—¿Quién lo encontró?

—Mary Benedetti. Ahora trabaja en una agencia inmobiliaria. Le estaba enseñando el edificio a unos cuantos artistas.

—¿Artistas?

Ginny no había querido interrumpirla, pero no pudo contenerse. Sonya no pareció notarlo.

—Encontraron a Danny tumbado en el suelo. Alguien lo golpeó hasta matarlo. Fue tan brutal que Rolly ni siquiera lo reconoció. Alguien que conocía a Danny de toda la vida, y tuvo que identificarlo por sus registros dentales.

»Cuando me contaron lo sucedido, no me lo creí. Tenía que ser un error. Un accidente. Porque yo sabía que era imposible que algo así le ocurriese a Danny. Hay que *odiar* de verdad a alguien para

hacerle eso. Y con Danny nunca se enfadaba nadie. Ya sabes que todo el mundo lo quería.

—Lo sé.

—Ni tan siquiera me dejaron verlo. Mi propio hijo. Dijeron que me trastornaría. Como si la cosa pudiese empeorar. Pero Pete estuvo de acuerdo con ellos. Vio a Danny, y luego dijo que quería que yo lo recordara como era. —Sonya clavó los ojos en la maceta de dragoncillos que había colgada en la barandilla del porche. Eran silvestres y habían crecido demasiado, los pétalos de las pocas flores que quedaban habían tomado un color castaño—. ¿Acaso creía que me olvidaría?

Ginny le apretó la mano con más fuerza.

—Él sólo intentaba protegerte.

Sonya agarró el brazo de su silla y dijo:

—Seguro.

—¿Y nadie tiene idea de lo que pasó? ¿Ninguno de los amigos de Danny?

—Rolly arrestó ayer a alguien.

La voz de Sonya sonó incluso más hueca que antes, cosa que Ginny no pensó que fuera posible. Intentó seguir hablando en voz baja y controlada. No era fácil. Desde la llamada telefónica de Sonya a las dos de la madrugada se había estado arrastrando, y los tres cafés que se había tomado en la gasolinera de poco le habían servido.

—¿Quieres decir que tiene a alguien bajo custodia?

—Sí. —Sonya escupió la palabra como si fuera una palabrota. Esta vez a Ginny no le hubiera hecho falta ser su amiga de toda la vida para entenderlo.

—No crees que sea el asesino.

—No. —Sonya miró a Ginny como si apenas percibiera su presencia. Entonces se levantó—. ¿Podemos pasear?

—¿Dónde está Pete?

—Trabajando.

—¿En domingo?

—Se le ha acumulado el trabajo —contestó Sonya—. Vamos.

—Antes tengo que hacer pipí.

Ginny entró en el piso a nivel de la calle; la puerta enmallada se cerró de golpe a sus espaldas. El simple olor del lugar la hizo sentir de nuevo como si tuviera 10 años; la combinación de cebollas fritas, humo de cigarrillo y el perfume Jean Naté que décadas atrás había impregnado las paredes. Sonya y su marido habían actualizado la decoración y cambiado el papel de la pared de la cocina, pero el cuarto de baño seguía igual: lavamanos de color verde aceituna, suelo de linóleo amarillento y paredes con motivos de margaritas. En los días calurosos de verano, antes de que fueran suficientemente mayores como para ir al Fish Pond, la madre de Sonya las metía en traje de baño en esa bañera y las remojaba con la manguera.

Sonrió al recordarlo, luego borró la sonrisa de su rostro antes de salir y encontrarse a Sonya de pie exactamente donde la había dejado.

—¿Adónde quieres ir?

Sonya se encogió de hombros.

—Me da igual.

—¿Al cole?

Su amiga asintió, y empezaron a recorrer el camino que Sonya había cogido cada mañana desde el parvulario hasta el quinto curso. Sonya estuvo callada mientras ascendían por la cuesta, pasaban por delante del campo donde jugaban los equipos infantiles, y cruzaban la pequeña parcela boscosa y abandonada. Rodearon la parte posterior del bajo edificio de ladrillos y pasaron por delante de las ventanas de la clase cubiertas de linternas hechas con calabazas de cartulina. Un montón de pavos pintados a mano indicaban que algún profesor emprendedor ya había empezado a festejar el Día de Acción de Gracias.

Detrás de la escuela estaba la zona de recreo Shangri-La para los párvulos, una inmensa y enmarañada estructura de hierro forjado con forma de locomotora, universalmente conocida como el

tren chu-chú. Sonya trepó por el lateral y se encaramó en una de las barras superiores, después señaló el contorno de hierro de una chimenea.

—¿Te acuerdas de cómo discutía todo el mundo para ver quién se ponía ahí?

—Me cuesta creer que alguna vez fuimos lo bastante pequeñas para caber dentro.

Sonya asintió, repasando con la vista su propio cuerpo como si fuese el de una desconocida; había engordado sus buenos catorce kilos desde que Ginny la vio por última vez, y todo parecía haberse acumulado en la cintura. Al cabo de un minuto dijo:

—A Danny le encantaba jugar aquí.

—¿Sí?

—Solía trepar hasta arriba y colgarse de las corvas boca abajo. Me pegaba unos sustos de muerte. —Miró fijamente al espacio vacío delimitado por el grueso metal negro, viendo al niño pequeño que había crecido hasta convertirse en adolescente, pero que ya nunca seguiría creciendo para convertirse en nada más.

—Sonya, cariño, dime, por favor, qué es lo que ha pasado. ¿A quién ha arrestado Rolly?

Sonya inspiró profundamente y se volvió a ella.

—A Jack O'Brien.

—¿A quién?

—Ya sabes, a Jack el Saltimbanqui.

—¿Te refieres a ese loco que solía vagabundear calle abajo? ¿Aún anda por aquí?

—¿Adónde querías que se fuera?

Habían pasado casi quince años, pero Ginny todavía podía verlo: pelo grasiento, barba sucia y abrigo del ejército aún más sucio. Un chico de la ciudad que había regresado de la guerra condecorado con una estrella de bronce y un grave caso de temblores, el clásico estereotipo del veterano de Vietnam destrozado. Acostumbraba a hacer gimnasia en la calle hiciese el tiempo que hiciese; de ahí el apodo.

—¿Y Rolly cree que él mató a Danny? ¿Por qué?

—Encontraron la cartera de Danny en su bolsillo.

—¿Eso es todo?

Sonya soltó una carcajada llena de tristeza.

—Eso fue bastante.

—Pero tú no crees que lo hiciera él.

—Es absurdo.

Ginny se encaramó a la locomotora y se sentó junto a ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Jack está loco, pero no le haría daño a nadie. Y mucho menos a Danny.

—¿Se conocían?

—Todo el mundo se conoce. Ya lo sabes.

—Supongo que he estado fuera más tiempo del que me imaginaba.

Sonya se mordió el labio.

—Llevas fuera una eternidad —comentó.

—Ahora estoy aquí. Puedo quedarme todo el tiempo que quieras.

—¿No tienes que trabajar?

—No.

Sonya parpadeó. Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Gracias —dijo con un profundo suspiro.

—Haré cualquier cosa que necesites. Te ayudaré con la casa, me ocuparé de los preparativos. Lo que sea. O si te apetece irte, podríamos...

—Sólo quiero una cosa.

—Dime.

Sonya la agarró de la mano.

—Quiero que vuelva mi hijo.

2

El Taller. Así es como solían llamarla los trabajadores en la época en que la fábrica textil Northern Berkshire era un negocio pujante. Los ancianos seguían refiriéndose a ella de esa manera, aunque la jerga estaba desapareciendo deprisa; sólo unos pocos cientos de personas aún entendían que «bajar al taller» significaba «ir a trabajar»; y cada semana eran más las que se instalaban en el Cementerio Southview.

Pero en sus años de apogeo la fábrica había dado empleo a miles de personas, en su mayoría mujeres jóvenes que habían emigrado de Quebec en busca de trabajo. Habían transformado el algodón y la lana en telas; nada lujoso, sólo tejidos resistentes que a nadie le daba vergüenza comprar. En el edificio rebosaba la actividad, tres turnos generadores de chismorreos y comidas frugales; las telas que allí se producían habían sido expedidas por el ferrocarril que atravesaba el Túnel Hoosac y vendidas en todo el mundo. Ahora no era más que otro gigantesco y rígido armazón de ladrillo junto al río Hoosic, cerrado con candado para evitar que los adolescentes lo usaran para echar un polvo.

Ese candado no había sido ni mucho menos tan eficaz como esas chicas francocanadienses; bastó que algún joven lo golpeará con un ladrillo para romperse. La escena que recibió a Ginny aquel domingo por la tarde confirmaba las juergas que debían de haberse vivido esa noche y las mil siguientes: cascos rotos de cerveza, colillas, condones usados, velas, bolsas de McDonald's, un viejo radiocasete pintado de color rojo con un spray. Las enormes ventanas de múltiples paneles acristalados llevaban mucho tiempo rotas, pero unas finas mallas de alambre habían mantenido los fragmentos de cristal en su sitio. Sin aire fresco durante más de un siglo, el amplio edificio olía a orina, disolventes y antigüedad.

Era un sitio horrible para morir. Ginny aún no acababa de creerse que la vida de Danny se hubiese terminado allí a los 19, o incluso que se hubiese terminado del todo; casi esperaba que apareciese en el umbral de la puerta de Sonya con una caja de donuts y una excusa simplona. Pero las pruebas estaban ahí, en la tercera planta, en la esquina del fondo: un gran charco de sangre, y marcas de salpicaduras en las paredes y en el suelo. «La gente no acaba de entender lo mucho que llegan a sangrar las heridas en la cabeza», pensó, y pese a que había visto ya un montón, aún tenían el poder de revolverle las tripas.

No se había encontrado ninguna arma. Si el asesino había usado una, se la habría llevado consigo, o quizá simplemente la habría lanzado al río. Se preguntó si Rolly les habría ordenado a sus hombres que escudriñaran el área, y decidió que no importaba; es probable que todo hubiese consistido en que una agente de tráfico diera una vuelta por el aparcamiento invadido de malas hierbas. Tenía que echarle un vistazo al informe de la autopsia: hasta un médico de una ciudad pequeña no habituado a los crímenes violentos debería ser capaz de saber si Danny había sido golpeado con un arma o con el puño.

Pero incluso sin ver el informe, Ginny intuyó que Sonya estaba en lo cierto. El ataque contra Danny había sido brutal. Había visto suficientes escenas de crímenes (y suficientes peleas de bar) para saber que para que hubiese tantas salpicaduras de sangre, Danny tenía que haber sido golpeado un sinnfín de veces. Debió de caerse al suelo, pero el ataque no se detuvo ahí. Ginny visualizó al asesino cerniéndose sobre él, golpeándole la cabeza contra el suelo, dándole un golpe tras otro después de que Danny hubiese dejado de intentar protegerse.

Sonya había dicho que hay que odiar de verdad a alguien para hacerle algo así, pero Ginny sabía por experiencia que eso no era necesariamente cierto. Si algo había aprendido tras once años en el Departamento de Policía de Nueva York era que los seres humanos podían hacerse unos a otros tanto daño llevados por el amor o la avaricia, o incluso por el puro aburrimiento.

Sacudió la cabeza, arrugando la nariz por el hedor. A los olores subyacentes de la fábrica se había sumado la fetidez espesa y metálica de la sangre y el rancio olor a vómito. Este último era suficientemente fresco como para que Ginny se preguntase si una de las personas que había encontrado el cadáver había devuelto la comida al verlo. Conociendo al Departamento de Policía Local, bien podía haber sido uno de los agentes.

—¿Qué hace usted aquí?

Ginny se volvió rápidamente al oír la voz; su instinto y sus nervios extenuados hicieron que buscara su inexistente revólver de servicio.

Mejor que no fuese armada, porque podría haber matado a un hombre de sesenta y pico años vestido con zapatillas de deporte y chándal; color rojo, talla extra grande. Llevaba una fregona y un cubo; Ginny pudo oler la lejía desde diez metros de distancia.

—Disculpe —le espetó el otro—, le he preguntado qué hace aquí. No será usted esa periodista de Pittsfield, ¿verdad? Porque en ese caso está usted infringiendo la ley y me verá obligado a llamar a la policía.

Ginny reconoció al hombre, pero con dificultad; habían pasado quince años y él había engordado 35 kilos desde la última vez que lo vio.

—¿Señor DiNapoli? Soy yo. Ginny Lavoie. La hija de Mireille. El hombre entornó los ojos, después dejó el cubo en el suelo.

—¿Ginny?

—Sí.

—Tenías una caligrafía terrible.

—Aún la tengo.

Ella avanzó hasta él y le dio un corto abrazo; al parecer su espalda era casi tan gorda como su barriga.

—¿Qué haces aquí? —inquirió él—. Creí que te habías trasladado a... —entornó un poco más los ojos— Dakota del Norte.

—Nueva York. Vine a casa en cuanto supe lo de Danny.

El hombre cabeceó, la barbilla y la papada le temblaron.

—¡Menudo horror! Mi hija Mary casi se desmayó al verlo. Así que ahora me toca limpiarlo a mí. Le prometí hacerlo lo mejor que pudiera. Mañana tiene que volver a enseñar este sitio.

—No puede hacer eso.

Él la miró con desdén. Cuando un hombre ha sido tu profesor de inglés en el instituto, cayó en la cuenta, pierdes el derecho a decirle lo que tiene que hacer durante el resto de tu vida.

—Lo lamento, señor Di, pero de verdad que no puede hacerlo. Ésta es la escena de un crimen.

—Todo se ha aclarado —repuso él—. Rolly ha encerrado a O'Brien. No está bien de la cabeza. Seguramente ni siquiera sabía lo que hacía. Supongo que no te habrás enterado.

—Sí, pero...

—Así que como está todo aclarado, Rolly me dijo que podía limpiar esto para que Mary pueda mañana enseñar el lugar a esos forasteros. Realmente necesita la comisión. Al pequeño Mickey le han puesto ortodoncia para corregir la sobremordida que tiene.

—Pero... ¿no tendría que limpiar primero toda la basura que hay abajo? ¿Los cascotes de botellas y todo?

—Por lo visto eso no les molesta a esos tipos. Lo consideran... —trató de encontrar la palabra que había usado su hija— parte del ambiente. Pero la sangre la tengo que limpiar.

Ginny intuyó que de nada servía discutir con él. Pensó en mostrarle su placa del Departamento de Policía de Nueva York, pero recordó que actualmente estaba en manos de Asuntos Internos.

—Oiga, ¿puede por lo menos dejarme hacer unas cuantas fotos?

Él puso cara de asco.

—¿Qué eres, una especie de perversa? —le preguntó.

—No. Pertenezco a la policía de Nueva York. Soy detective. Simplemente quiero asegurarme de que todo se hace correctamente.

—A ver si lo entiendo —replicó él—. ¿Tú eres agente de policía?

Ginny asintió.

Él se rascó la cabeza.

—¿Qué le está pasando a este mundo? —inquirió.

Sintiéndose ligeramente ridícula, hizo cuanto pudo para preservar las pruebas: un Grupo de Investigación Criminal formado por una persona y sin preparación. Tomó notas, dibujó un gráfico, hizo dos carretes de fotos con la cámara de Sonya. Por último raspó fragmentos de sangre y vómito del suelo y los introdujo en sobres herméticos etiquetados en función de su ubicación. Si la pelea había sido tan violenta como parecía, quizás hubiera en el suelo, junto con la sangre de Danny, un poco de sangre del asesino. Ignoraba cómo iba a procesarla para determinar el grupo sanguíneo (y ni pensar en el ADN), y ciertamente la cadena de pruebas se había ido al carajo. Pero de una cosa estaba segura: en cuanto el señor DiNapoli y su fregona entraran en acción, ya no habría nada que hacer.

Se fue a la tienda de fotos que había al lado de Main Street para hacer revelar los carretes, y se encontró con que había sido sustituida por un salón de belleza, la clase de negocio que, al parecer, siempre funcionaba en su ciudad natal, incluso en los tiempos más difíciles. Había visto una nueva tienda de la cadena CVS cerca del supermercado (por lo visto habían tirado la antigua residencia de las monjas para construirla) y llevó allí los carretes.

Mientras esperaba en la cola frente al mostrador de las fotos se le empezó a ocurrir una idea; las probabilidades de éxito eran escasas, pero valía la pena intentarlo. Volvió hasta su coche y dividió por la mitad las muestras de la escena del crimen. A continuación llevó una de las dos partes a la oficina de correos y la introdujo en un sobre de correo para entregar al día siguiente, junto con una nota cargada de disculpas y modestia. Le puso un sello, besó el sobre de cartón para que le diera suerte y lo metió por la ranura.

Estaba a la vuelta de la esquina de Eagle Street, a una manzana de Molly's Bakery. La fuerza de los recuerdos era irresistible. Fuese o no autodestructivo, tenía que intentar asomarse por los carto-

nes que cubrían las ventanas para quizá poder vislumbrar un expositor vacío; eso en el caso de que el mobiliario no hubiese sido subastado. Comenzó a andar calle abajo.

La pastelería estaba abierta. Ginny sacudió la cabeza, preguntándose si estaría en tierra de nadie.

La puerta principal estaba entreabierta, la ventana repleta de pasteles de cumpleaños y esponjosas rebanadas de pan blanco. Permaneció de pie tanto rato que sus ojos dejaron de centrarse en el surtido de productos y vio su propio reflejo en el cristal; no su yo adulto, sino a la Ginny de seis, doce o diecisiete años.

Sin quererlo realmente, abrió la deteriorada puerta enmallada y entró. Una campanilla sonó sobre su cabeza. El aire era denso debido al azúcar glas y la canela, que acentuaban los aromas nítidos de la harina y las cajas de papel y hasta una pizca de limón.

Había leído en alguna parte que el olfato es el sentido más íntimamente ligado a la memoria, y entendió por qué: en cualquier parte de su ciudad natal un aroma distinto se iba directamente a su tronco encefálico. Éste era el más poderoso de todos; el aroma del lugar le resultaba tan familiar, evocaba en ella tantos recuerdos felices que las lágrimas se asomaron a sus ojos.

No daba crédito. Molly's estaba exactamente como lo recordaba, incluso con las galletas con una cara sonriente dibujada y la antigua caja registradora.

—¿Hola? —saludó Ginny—. ¿Está abierto?

Notó que se le quebraba la voz. Quienquiera que hubiese tomado las riendas de la tienda pensaría que era una enferma mental que se había escapado del psiquiátrico; una enferma con antojo de bocaditos de crema y pastelitos de doble chocolate.

—Enseguida estoy con usted.

La voz procedía de la trastienda. La reconoció al instante, pero estaba demasiado perpleja para moverse; para que luego dijeran que sus reflejos policiales felinos eran de lo mejor de Nueva York.

Un hombre salió de la trastienda vestido con una camiseta blanca y una gorra de béisbol. Había cambiado con los años, pero muy poco.

—¿Qué desea...? ¿*Ginny*?

Él la miró boquiabierto. Ella lo miró boquiabierta, sin tener ni idea de qué hacer o decir.

Aunque difícilmente podía culparse a sí misma. Al fin y al cabo, no todos los días una niña tropieza con una tienda llena de sus postres favoritos y el único hombre al que ha amado en su vida.